

LA EDUCACION EN LA PICARESCA: EL "LAZARILLO"

POR JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DIÉGUEZ

La novela caballescica ocupa una época completa de nuestra historia literaria. No sólo triunfan los ideales caballescicos, sino que estos ideales intentan ser encarnados. La figura semimítica, novelesca, del caballero andante, es una meta real a la que tiende el hombre medieval.

Pero el tiempo descarga de valor afectivo estos ideales encarnados. Y, al perderse este contexto emotivo, queda una seca estructura racional, casi una caricatura, una degradación.

Cuando el héroe clásico, metamorfoseado en caballero andante, pierde, por alejamiento temporal, su sentido, aparece en violenta contraposición con él el pícaro.

Tanto el héroe como el pícaro son también fruto de su ambiente. El héroe, el caballero andante, triunfa en España cuando la lucha contra el Islam es la preocupación fundamental. Cuando ésta se consume, la situación de desequilibrio social, efecto de la inercia de los muchos siglos de lucha, exige la presencia de un elemento tan sutil como el pícaro, capaz de moverse con el dinamismo necesario. Y surge el pícaro, a más de exigido por las circunstancias, como contraposición al héroe. Es ésta la descomunal «ocurrencia» del autor del *Lazarillo*: colocar a éste como antihéroe frente al héroe típico y al héroe caballescico¹.

Y así, Lázaro se coloca enfrente del héroe en las distintas

¹ F. MALDONADO DE GUEVARA: *Interpretación del «Lazarillo de Tormes»*, página 34; Madrid, 1957.

manifestaciones de su vida. Tan sólo coincide con él en su *status viatoris*, en su continuo caminar.

El nacimiento de Lázaro no es sino caricatura del *puer æternus*. El agua, elemento mítico de primer orden, partícipe en el nacimiento de casi todos los héroes, aparece vulgarizado por su sentido utilitario: nace en un molino en medio del río².

Y, desde este su nacimiento a su momento de mayor gloria, el ambiente en que Lázaro se mueve, la personalidad de sus padres, su educación, todo es una caricatura del héroe. Pero no caricatura fantástica. El héroe, por mítico, es utópico y ucrónico. Lázaro no puede ser más concreto, tiene bien claro su *hic et nunc*. Y la técnica de la caricatura en este caso monta sobre el artificio de hundir fuertemente la concreción del personaje en las entrañas de un realismo objetivista.

La «empresa» del «caballero Lázaro» no tiene los visos de idealismo y alta misión que los héroes. Su finalidad, su ideal, es bien sencillo: vivir lo más cómodamente posible. Esto es lo que intenta. El hombre *que vive bien*, en su acepción más fácil y simplista, es su meta.

«Huelgo de contar a vuestra merced estas niñerías para mostrar cuanta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuanto vicio»³.

Vemos claramente el sentido que la educación ha de tener para Lázaro. Un sentido pragmatista y vital, pero profundamente imbuido de un matiz dinámico. La educación será el apoyo para que el hombre avance por este camino concreto y ascendente. Concreto y utilitario, referido a este mundo, a bienes terrenos. Pero al tiempo con un sentido dinámico, de evolución hacia lo que él considera la plenitud vital.

Podemos enmarcar por tanto a Lázaro—siguiendo a López Ibor—en la línea de un don Juan, en la del hombre con hipertrofia híllica⁴, con más preocupación por los valores materiales que por los espirituales.

Afán dinámico de plenitud vital materialista es la tendencia esencial de Lázaro.

Un elemento interesante desde el punto de vista educativo de la evolución del pícaro es, en este caso, el carácter personal, de relación directa que existe entre el personaje y su educador: el

² «Novela picaresca», *El Lazarillo de Tormes*, pág. 174; Madrid, 1960. Colección «Sillar». Edic. Taurus.

³ *Ibid.*, pág. 176.

⁴ J. J. LÓPEZ IBOR: *El español y su complejo de inferioridad*, pág. 169; Rialp; Madrid, 1960.

ciego. En efecto, la época en que Lázaro recibe la impronta educativa primordial es mientras sirve de guía al ciego, cuando hace de escudero de tan singular caballero.

En su convivencia con éste surgen los dos pilares básicos en torno a los cuales gira la educación del lazarillo.

Por una parte, algo olvidado en la práctica educativa actual, el sentido de la propia responsabilidad. El sentimiento de desamparo en que el protagonista se encuentra le hace exclamar: «Me cumple abrir el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer»⁵.

Y es este hacerse cargo de su desamparo—no por influencia extraña, sino por experiencia propia—el mayor impacto que Lázaro recibe en sentido educativo. Y no es, repito, por influencia extraña. Su madre, al despedirle cuando marcha con el ciego, ya le había dicho: «Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y Dios te gué. Criado te he y con buen amo te he puesto: válete por ti»⁶.

Pero es necesario que no sea algo externo que cae sobre él. Ha de incorporarlo vigorosamente a su propia persona. ¿Y cómo? Merced a algo que, por ser la primera dureza, la primera crueldad de la vida para con él, será algo imborrable. Y así se hace cargo, integra en sí la idea que su madre ya le había dado, cuando a la salida de Salamanca el ciego le da un coscorrón contra el toro de piedra.

Sentido individualista un tanto agresivo, supeditando la agresividad a la propia comodidad. Individualista y al tiempo egoísta.

El otro hito sobre el que el sentido educativo del lazarillo se asienta es el doble eje—casi antinómico—, el juego dialéctico entre los polos de la desconfianza y la hipocresía.

La desconfianza radical con que el *educador*, el ciego, trata a Lázaro es causa de que en éste, como correlato, surja la hipocresía. Desconfianza que manifiesta en múltiples episodios: aquel que el ciego le recrimina, culpándole de que no le den sino medias blancas, en lugar de blancas enteras y maravédises, como antes; o este otro tan famoso de las uvas, en que Lázaro, descaradamente, niega que las comiera de tres en tres.

Este correlato de desconfianza e hipocresía lleva consigo la consecuencia ineludible de la ausencia de afecto entre ambos. Ausencia de valores afectivos que tara profundamente e inadapta a Lázaro en su contexto vital.

⁵ *El Lazarillo de Tormes*, ed. cit., pág. 176.

⁶ *Ibid.*, pág. 175.

Enorme importancia se concede en toda la obra al valor formativo del ambiente. El ambiente en que Lázaro se mueve le lastra para toda su vida. Y, con profunda ironía, él mismo dice: «Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos»⁷.

Subyace en toda la obra este sentido educador del ambiente. Sentido que en la actualidad, más que aprovecharlo, se elude, por su enorme complejidad.

Y veamos como final el producto a que esta educación pragmática, individualista, ausente de afecto y montada a caballo sobre el eje de la desconfianza e hipocresía, da lugar.

Lázaro, feliz, vive por fin en Toledo, casado y burlado. Pero tiene presente aquello que su burlador le ha dicho: «No mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho»⁸.

En tal situación, Lázaro vive feliz. Está «en... prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna».

Un enorme punto de apoyo puede encontrar la educación actual en esta obra, si se sabe aprovechar el filón que con esta llamada a la propia responsabilidad, con este «válete por ti» de madre, nos da a entender el anónimo autor de *El Lazarillo de Tormes*. Como algo accidental ya ha sido utilizado en varias ocasiones. Pero ¿no sería tal vez interesante situarle a la base de una concepción integral de la educación?

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ DIÉGUEZ

⁷ *El Lazarillo de Tormes*, ed. cit., pág. 174.

⁸ *Ibid.*, pág. 216.